

Prof. César Fighetti

A propósito de Albert Einstein ⁽¹⁾



ON la firma del señor Ernesto Sábato (Buenos Aires, abril de 1955), apareció, en el número indicado de *Atenea*, un artículo que podría ser interpretado, en sus primeras líneas, como un homenaje, no exento de un liviano humor, a la obra del ilustre sabio recientemente fallecido.

Sin embargo, después de un corto preámbulo en que el autor —para usar sus expresiones— parece sumarse a la congoja que la muerte del creador de la Relatividad ha provocado en los espíritus generosos, desarrolla una serie de juicios sobre la Ciencia en general y sobre el sabio en particular, situando a la Ciencia y sus cultores en un terreno de oposición al Humanismo.

Esta actitud, con ser muy frecuente, es errada por cuanto Ciencia y Humanismo están incluídos uno en otro, ambos son actividades del saber humano, ambos pretenden la búsqueda de la Verdad, la interrelación existentes entre las cosas y si, por una parte, el Humanismo interpreta especialmente los hechos naturales en cuanto ellos interesan al Hombre o a la naturaleza humana, la Ciencia abarca en cambio, un campo más general, coincidiendo sus límites con los del Universo entero.

(1) Observaciones al artículo titulado "Poderío e Impotencia de Einstein", publicado en el N.º 360 de "Atenea", junio de 1955.

Una explicación de la actitud que se está comentando, puede encontrarse en el hecho de que, en las distintas épocas históricas, el Hombre ha venido dirigiendo sus actividades —su Humanismo— en múltiples direcciones y así, mientras en el mundo medieval la Verdad se pretende encontrar exclusivamente a través del pensamiento filosófico de Aristóteles, cuyo instrumento esencial era la Lógica y, en el Renacimiento el acento de la actividad está dirigido hacia lo “humano”, en nuestra era, especialmente a partir de Descartes el hombre se sitúa en la naturaleza y las interrogantes que se plantea han dado origen a la Ciencia en su acepción moderna, volviendo al concepto platónico y antiaristotélico, de considerar a las Matemáticas como el principal instrumento para la indagación.

Toda división entre Humanismo y Ciencia es, entonces, artificial, y enfrentarles representa una etapa del desarrollo del conocimiento que actualmente está superada.

Por ello resulta fuera de lugar la actitud de oponer el nombre de Einstein con el de algunos otros que se destacan en distintos aspectos de las actividades intelectuales y artísticas, llámense Kafka, Strawinsky, Schoenberg, etc.

Por lo mismo, citar a Whitehead en relación a lo que la Ciencia debe aprender de la poesía, es negar o rebajar la capacidad del científico para sentir y gozar de la belleza. Una afirmación de este tipo no puede ser sostenida seriamente, porque sería como asegurar, por ejemplo, que el conocimiento de la relación entre la longitud de onda de una radiación luminosa y su color impidiera gozar de las maravillas de una puesta de sol, o el conocimiento de la anatomía humana impidiera sentir la belleza de los cuerpos vivos o apreciar el valor estético de la escultura antigua y moderna.

Justamente pienso que el mejor conocimiento de la naturaleza de las cosas contribuye a proporcionar nuevos elementos de emoción ante el fenómeno estético.

El humanismo, llamémoslo restringido, que el articulista expone es, como decía, frecuente y proviene de la ignorancia de la categoría de los problemas intelectuales, estéticos y éticos que atormentan al

hombre de Ciencia en la resolución de los problemas, aún de los más sencillos, que se plantea. Precisamente, es este tormento el que los ha llevado muchas veces a preocuparse de innumerables problemas intelectuales de todo orden, políticos, sociológicos, religiosos, etc., como por ejemplo se puede comprobar revisando precisamente los trabajos de Einstein y de otros científicos modernos (De Broglie, Plank, Schrödinger, Heisenberg, etc.).

Otra objeción importante que conviene destacar es la acusación reiterada de oscurantismo que el autor hace a la Ciencia y el descubrimiento que parece hacer de que ella es incapaz de revelar la verdadera esencia de las cosas.

En efecto, es elemental saber que la Ciencia y todas las disciplinas del conocimiento, incluyendo la Filosofía, la Historia, etc., son productos creativos del hombre y, como tales, imperfectos. El principio de indeterminación, según el cual sólo se conoce lo que puede ser medido, pero el medir trae consigo una perturbación de la cosa estudiada, domina en efecto toda la teoría actual del conocimiento. El hombre sólo puede pretender conocer esquemas del Universo y, sobre tales esquemas, buscar explicaciones, elaborar teorías para explicar los fenómenos que estudia, dentro del grado de determinación que le sea posible.

Al realizar estos esquemas se debe recurrir a ciertos simbolismos, como los que usan las Matemáticas y la Física, símbolos que para ser interpretados requieren una cierta iniciación. Pero no por ello se puede acusar a la Ciencia de oscura y de que aprovecha de éste su oscurantismo. Exactamente en la misma situación está la Filosofía. No creo que sin cierta iniciación se puede leer con provecho ni a Kant, ni a Heidegger, ni al citado Whitehead, ni a Kierkegaard, como tampoco en el campo artístico una persona de cultura media puede interpretar de primera ni la poesía ni la pintura abstracta, modernas.

Aclarado este concepto, resulta pueril la frase que aparece en la página 363, según la cual “el *desideratum* del Científico es enunciar juicios tan generales que nadie los entienda”.

También merece rectificarse la confusión que, a propósito de Einstein, se hace de la Ciencia con la Tecnología.

Es bien sabido que la Ciencia, como parte de la Teoría del Conocimiento, nació como una necesidad del hombre que, dotado de la capacidad de pensar, quiso y quiere interpretar los hechos de la Naturaleza en la cual está situado.

A la Ciencia, por lo tanto, sólo le interesa el conocimiento y está desinteresada de toda otra finalidad que no sea la búsqueda permanente de la Verdad.

La aplicación del conocimiento científico realizada por el hombre para su provecho constituye el campo de las Ciencias Aplicadas, de las cuales la Tecnología es una parte importante.

Acusar a los hombres de Ciencia, como Einstein, de que mediante el conocimiento por ellos creado se elaboran elementos de sufrimiento y destrucción de la humanidad, sería como acusar a los filólogos y lingüistas de que las leyes del lenguaje y de la escritura descubiertas por ellos, se emplean para redactar panfletos atentadores de la ética pública y privada, proclamas de guerra, etc.

De este error emana finalmente la equívoca afirmación de que el poder de la Ciencia está ligado al desarrollo del Capitalismo, el cual no merece un comentario especial.

Concepción, septiembre de 1955.